

**XXIV Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana -
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, marzo de 2011**

El fin de lo público

Juan Pablo Luppi
(ILH, FFyL, UBA – CONICET)

La sociedad no existe

Tal tajante negación de existencia es proferida por Margaret Thatcher en 1988, como balance exitoso de la primera década de hegemonía neoliberal en las sociedades del capitalismo tardío: la voz determinante del poder decreta que la sociedad ha dejado de existir, y que debe ser reemplazada por categorías menos riesgosas y más eficientes como individuo o libertad. Comentando esta sentencia de muerte decidida por líderes democráticos, Bauman detecta la contradicción disimulada en “la idea misma de la autodesaparición de la sociedad” y la falsedad de “los llamamientos neoliberales a cerrar las filas de la familia”, en tanto evidencian “la imposibilidad de una sociedad que se deshace de sí misma para dar rienda suelta a individuos no sociales, de un cuerpo que se hace pedazos a sí mismo para que cada una de sus células –o, al menos, las más vivas– pueda vivir mejor separada del resto”-.¹

La veintena de desertores del ejército argentino que comercia con ingleses para sobrevivir y que, por imposición de cuatro líderes autodenominados “Reyes Magos”, funda un pozo clandestino bautizado Pichicera con oralidad desviada de lo nacional, constituye una temprana ficcionalización de los restos de la sociedad declarada inexistente por el discurso triunfante en los países centrales, cuya hegemonía comienza a hacerse visible por los años de la guerra de Malvinas.² El mito de origen de esta comunidad imposible pero

¹ Bauman, Zygmunt, *En busca de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, pp. 39-40.

² “Los años ‘80 vieron el triunfo más o menos incontrastado de la ideología neoliberal en esta región del capitalismo avanzado”, sintetiza Anderson refiriéndose a Europa y América del Norte (Thatcher asume el gobierno de Inglaterra en 1979, Reagan en EEUU en 1980, Kohl en Alemania en 1982, etc.). En este sentido, los pichiciegos no solo desertan de su país, sino que en sus prácticas asumen la ideología del oponente, como si adaptarse a ella fuera la única manera de sobrevivir, o la más exitosa. Esa adaptación es sobre todo económica; el trueque replica modalidades de la desregulación financiera del programa neoliberal que, como resume Anderson, “creó condiciones mucho más propicias para la inversión especulativa que la productiva” e

probable exalta la astucia de acomodarse a la abolición de la sociedad (y al agotamiento de lo que la representa: ejército, guerra, fronteras, identidad nacional) y de ese modo, como las células más vivas en la analogía de Bauman, vivir mejor separados del resto:

–¿Ustedes son boludos?

–¡Sí señor!

–¡No! Ustedes no son boludos, ustedes son vivos. ¿Son vivos? –chilló.

–¡Sí, mi Sargento! –contestaron los tres.

–Entonces –les había dicho el Sargento– van a tener licencia. Vayan más lejos, para aquel lado –les mostró el cerro– y cavén ahí.³

Hacia fines del siglo XX, siguiendo a Bauman, soluciones colectivas depositadas en totalidades como nación o familia “sufren un desmoronamiento gradual y constante, (...) han perdido su capacidad de conferir sentido”, y “son los individuos –cada uno por su cuenta– quienes deben dar significado a los propósitos vitales”.⁴ Bajo este pensamiento que se postula como único, conviene “ser astuto y evitar las trampas”, o sea, actuar como los pichiciegos ante la trampa de la lealtad nacional, que en el caso argentino se tramita incluyendo tensiones locales de larga tradición, como las relativas a la soberbia porteña:

–¿Y a vos qué te gustaría que pasara?

–Que gane la Argentina.

–¡Y vas en cana!

–¡Yo qué sé! ¿Vos?

–Yo quisiera que pacten y que se dejen de joder.

–¿Vos?

–Que pacten, que podamos volver.

–¿Vos?

–Que ganen ellos, que los fusilen a todos, y que a nosotros nos lleven de vuelta a Buenos Aires en avión.

Idea de porteño.⁵

Microsociedad paralela de dudosa existencia, la efímera tribu pichi se niega a alegorizar a los soldados argentinos, y a cambio funciona de modo más amplio, como sinécdoque de un tiempo de la sociedad, que se extiende hacia el futuro y se ramifica por

incrementó vertiginosamente “el peso de las operaciones de carácter parasitario” (aspectos que Fogwill seguirá indagando en sus tres novelas breves del cambio de milenio: *En otro orden de cosas*, *La experiencia sensible* y *Urbana*). Ver Anderson, Perry, “Neoliberalismo: un balance provisorio”, en Sader, Emir y Pablo Gentili (comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Buenos Aires, CLACSO, 2003.

³ Fogwill, *Los pichiciegos. Visiones de una batalla subterránea*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994, p. 24.

⁴ Bauman, *En busca de la política*, ed. cit., pp. 46-47, 78-79.

⁵ Fogwill, *Los pichiciegos*, ed. cit. p. 76.

diversos contextos de la cultura.⁶ Según la cuenta Fogwill –estampando imágenes fugaces de las islas desde adentro y fraseando voces imaginarias e intensamente reales sin excesos realistas– la guerra obliga a calcular donde no se puede contar; los cálculos evadidos del rigor sociológico trastocan las cifras públicas y exponen los privilegios de la capital, como en la oralidad tucumana que aglutina mitos argentinos entre el peronismo y el culto al coraje:

Y haciendo cuentas, se veía raro que siendo que en el país la mayoría de la gente es porteña, allí la mayoría era de provincias. (...). El tucumano jodía a los forros diciendo que los del comando habían elegido mayoría de “cabezas negras” porque el porteño no sabía pelear...⁷

Cuando la política (orientada por la libertad económica) impone que la sociedad deje de existir, en un mundo donde las repúblicas comenzarán, en la última década del siglo, a agolparse en uniones y tratados semi-continentales, “las naciones, eminentemente rígidas, se quedan atrás y retroceden para retener a las repúblicas en fuga”.⁸ El nacionalismo reavivado con Malvinas en la sociedad civil (en sus restos, tras seis años de dictadura) no tiene ya –como podía tenerlo a principios de siglo para Rojas o Lugones en la forzada epicidad del poema de Hernández– nada de argentino. Al amparo crédulo del mito de la Nación –potente en las comunidades diversas que forman la República Argentina, rígidamente escenificado en palabras y gestos del militar Galtieri ocupando la escena triunfalista en abril del 82– la sociedad disimula su ingreso derrotado en el plan de prosperidad mundial, impuesto por potencias como la que apresuradamente se creía haber vencido. Por allí pasan algunas de las muchas líneas de sentido que se desprenden de la paráfrasis del jefe inglés con el que Quiquito y el Turco intercambian servicios por mercadería:

Que ellos eran patriotas, que debían volver pronto a la Argentina, porque la Argentina necesitaba “prosperar” porque “era un gran país”. “Prosperar” decía el traductor, y “ocuparse de prosperar” era mucho mejor que hacer guerras contra países más fuertes.⁹

⁶ Un ejemplo de consistente fuerza oral lo da el cine a fines de los 90: charlando en la pizzería Ugi’s frente al obelisco (visto con un inquietante contrapicado fugaz), Pablo recuerda las “ondas porongóticas” que, según una ex novia, captaría el monumento, y Córdoba sentencia con fraseo pichi: “No sé, loco. A mí no me cabe eso de poner una poronga gigante en el medio de la ciudad. Hay que ser porteño para pensar eso”. Caetano, Israel Adrián y Bruno Stagnaro. *Pizza, birra, faso*. Argentina, 1998.

⁷ Fogwill, *Los pichiciegos*, ed. cit., p. 122.

⁸ Bauman, *En busca de la política*, ed. cit., p. 171.

⁹ Fogwill, *Los pichiciegos*, ed. cit., p. 41.

Al decretar la clausura de la sociedad en beneficio de la libre prosperidad individual, Thatcher evidencia hasta qué punto coincidían con sus premisas los militares sudamericanos que se desplantaban con una guerra anacrónica, proclamada anticolonialista en pleno surgimiento del nuevo liberalismo mundial, invocando una nacionalidad dura que, de paso, disimulara e hiciera olvidar la liquidación del espacio público que había realizado el “Proceso de Reorganización Nacional” en su abuso del monopolio estatal de la violencia. Aunque la declararan en nombre de valores como nación o soberanía, propagando los derechos y humanos que somos los argentinos, el desarrollo inmediato de la guerra evidenció que los militares, y los actores socioeconómicos que los apoyaban por intereses privados, estaban más cerca del enemigo que de la argentinidad invocada o el antiimperialismo que enfervorizó a la sociedad civil.¹⁰

A pocas páginas del final de la guerra, mientras “muchos se volvían locos”, la novela constata que “la radio argentina llamaba a pelear: según la radio, ya se había ganado la guerra”.¹¹ El triunfalismo de la opinión pública se construye a imagen y semejanza de medios como *Gente*, que en su edición del 8 de abril de 1982 compara gráficamente la superficie de Malvinas con las de todas las provincias; didáctica y amena, la nota titulada “¿Cuánto mide la nueva provincia?” da por hecha la conquista y cierra una guerra que todavía no había empezado y ya devenía exasperado mito de grandeza. Contra la ignorancia prepotente de la opinión pública, y discutiendo el canon literario nacional, Fogwill propone una versión de la identidad de los soldados argentinos donde la fanfarronería bélica trasmuta en viveza criolla, versión alternativa que intensifica y trastoca la histórica disputa entre porteños y provincianos. El grabador registra un deseo inquietante de la voz de Quiquito, su sueño de felicidad posterior a la guerra y a las naciones:

¿Sabés lo que me gustaría? –preguntó, grabó–: Me gustaría tener una casita en el campo. De madera, con tejas, una mujer rubia petisita, de ojos claros, con chicos, que tejiera pulóveres, y

¹⁰ El móvil no dicho de la aventura militar del presidente Galtieri –cuyo “gabinete homogéneamente conservador” aseguraba, con Roberto Alemann en el Ministerio de Economía, “la aplicación de recetas neoliberales”– consistía en recuperar la legitimidad del régimen en crisis junto con la autoridad de la figura presidencial, “buscando desvanecer cualquier intento de valorizar la democracia frente a la dictadura”. Quiroga, Hugo, “El tiempo del ‘Proceso’”, en Suriano, Juan (dir.), *Dictadura y democracia (1976-2001)*, tomo 10 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, pp. 72-74.

¹¹ Fogwill, *Los pichiciegos*, ed. cit., p. 127.

tener perros, fumar en pipa mirando el fuego de las leñas y cada tanto ver por la ventana el campo, los animales, la nieve que cae, el mar cerca...

El que graba y anota lo interpreta desde un registro impensable, compartido sin embargo por el excombatiente: “–Querés decir que querés ser un malvinero... –me apresuré. Grabó: –Anotá que sí...”.¹² Este impertinente “chico de la guerra” se fuga, con un sueño privado y típicamente burgués, de las naciones rígidas en retroceso (y se fuga también de inocuas representaciones de la guerra que exhibirá pronto el cine nacional). El sueño malvinero de Quiquito conforma una voz digna del presente inquietante de las últimas dos décadas del siglo XX.

La cuestión democrática

La derrota exterior de las Fuerzas Armadas argentinas da paso a la llamada “transición democrática”, bajo la insistente apelación a la unidad nacional heredada de los militares, en la que se agazapa una violenta paranoia y el afán de delimitación de extranjería (como en el tono amenazante de la cita torpe del clásico de la argentinidad). La acordada salida política se funda en la escena culposa en la que el último dictador, Bignone, reúne a los representantes de los partidos sin que ninguno mencione el tema de los desaparecidos. Como observa Verbitsky, “la democracia que surge de la derrota de Malvinas padece esa debilidad de origen: no dimana de la lucha popular y de las entrañas de la sociedad, sino de una hecatombe externa”. Los políticos aprovecharán esa debilidad para amparar en el chantaje sus decisiones económicas, desde Alfonsín y el “cuidado, porque vuelven los milicos”, hasta Menem y el cínicamente renovado “cuidado, porque vuelve la hiperinflación”: “Es decir, una construcción sobre el miedo”.¹³

Según la lee De Diego en intervenciones del campo intelectual inmediatamente posterior a Malvinas (como en “Lecciones de una guerra”, editorial de Altamirano en el número 15 de *Punto de vista*, de agosto-octubre de 1982), la “cuestión democrática”, ausente en los debates de los 70, emerge por diversos factores del contexto nacional e internacional. Entre los primeros, además de “la experiencia del exilio” y el replanteo de los “presupuestos ideológicos” de “toda una generación” tras “la derrota del 76 y la sangrienta

¹² *Ibíd.*, p. 146.

¹³ Verbitsky, Horacio, “Militares, civiles y el miedo”, en Gelman, Juan y Mara La Madrid, *Ni el flaco perdón de Dios. Hijos de desaparecidos*, Buenos Aires, Planeta, 1997, pp. 131-132.

represión posterior”, están las “lecciones” de la guerra de Malvinas, cuya derrota “debe servir para replantear autocriticamente algunos de los axiomas que caracterizaron la discursividad política de una década atrás”.¹⁴ Pese a la potencia de *Los pichiciegos* como replanteo crítico por picaresco, ni la novela ni las intervenciones periodísticas de Fogwill figuran en los campos intelectual y literario que analiza De Diego. Tal vez la ausencia se deba a que la fuerza de *Los pichiciegos* (tal como el autor la enmarca en la situación enunciativa ficcional y en el paratexto, y la actualiza posteriormente en sus tres novelas breves del cambio de milenio) refiere más al futuro que al pasado, o al pasado desde un presente que lo continúa como futuro previsto.

La restitución de la democracia en 1983 se da en un contexto de cambios económicos mundiales, que impondrán límites estrechos a la transición, fijados por “la presión ejercida por las políticas neoliberales”; durante las décadas del 80 y 90 la consolidación de las instituciones se verá así condicionada, a la vez que se pasa “de una economía dirigida a una de mercado”.¹⁵ La novela cobra actualidad en la década menemista por el tratamiento de algunos rasgos que exponen la continuidad entre la guerra, la represión interna y sus efectos perdurables: “doble discurso, hipocresía y corrupción” – observa Schwartzman a mediados de los 90– serían rasgos por los que, junto con “la vertiginosa percepción de los cambios históricos en la cultura mediática”, Fogwill pudo escribir la derrota en presente: “la decepción y la caída de expectativas no ocurren después del conflicto: son simultáneas”. Y en la picaresca de guerra, en la fuga pichi, la caída no conduce a ninguna denuncia, sino “a la adaptación y a la adopción de estrategias similares” a las del enemigo poderoso, a “la elaboración de una táctica neutralizadora, en la lógica del intercambio”, que también narra en presente la comunidad que viene, la presumida sociabilidad del neoliberalismo argentino, expresada con la oralidad de la época: “se tienen pelotas para hacer guita”.¹⁶ Las lecciones de Malvinas, diría *Pichiciegos* si no se resistiera a la moraleja, apuntan menos a la revisión de los axiomas militantes de los 70 que a la

¹⁴ De Diego, José Luis, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Ediciones Al margen, 2003, p. 220.

¹⁵ Suriano, Juan, “Introducción: Una Argentina diferente”, en Suriano, Juan (dir.), *Dictadura y democracia (1976-2001)*, ed. cit., p. 21.

¹⁶ Schwartzman, Julio, “Un lugar bajo el mundo: *Los pichiciegos* de Rodolfo E. Fogwill”, en *Microcrítica. Lecturas argentinas (cuestiones de detalle)*, Buenos Aires, Biblos, 1996, p. 140.

anticipación crítica de la axiomática del capitalismo tardío, que violentará la vida en comunidad y las subjetividades en el fin de siglo.

La potencia de las intervenciones de Fogwill sobre la esfera pública devastada en el retorno democrático, realizadas desde diversas publicaciones del campo cultural porteño, resultará visible cuando pueda tomarse distancia del miedo y los chantajes del alfonsinismo y el menemismo; el propio autor señala esa potencia al compilar sus papeles de prensa de las últimas tres décadas en *Los libros de la guerra*, publicado en 2008 y reeditado con agregados en 2010. Luego de la primera sección, previsiblemente dedicada a sí mismo (titulada “Yo”), “Guerras” se abre con un artículo aparecido en *La gaceta de El Porteño* en 1982 con el seudónimo Carlos Dagerl (anagrama del cantor-símbolo de la argentinidad), y anticipa desde el título la hecatombe de Malvinas: “La única guerra que podemos esperar es la única que no supimos pensar”. Aunque el contexto de la Guerra Fría torna retrospectivamente delirantes las previsiones de Fogwill –la “única guerra pensable” sería “a la antigua, de ocupación territorial” determinada por la migración de “cuadros de élite de la zona afectada (o afectable) por el ‘holocausto’ nuclear”–, su acusación a los militares sudamericanos será pertinente para entender la frustrante aventura de Malvinas. La mirada sobre la guerra lanza una crítica, global y tajante, contra el anacronismo de las Fuerzas Armadas del Cono Sur, que han “involucionado a funciones policiales y semiaduaneras”, diseñadas “según el modelo europeo de comienzos de siglo [XX], aptas para vencer al Paraguay y a los Pampas, para perder en guerras limitadas con la OTAN y para ejercer una administración torpe, soberbia y elitista”.¹⁷ El discurso de Quiquito referido por el “Yo” autoral en *Los pichiciegos*, su relato de una guerra impensada pero previsible, acompaña esa crítica a la negligencia y el atraso de las Fuerzas Armadas:

y viene la guerra y te enterás de que se pelea de noche, con radios, radar, miras infrarrojas y en el oscuro y que lo único que vos sabés hacer bien, que es correr, no se puede llevar a la práctica porque atrás tuyo, los de tu propio regimiento habían estado colocando minas a medida que avanzabas.¹⁸

La administración militar, como deja indisimulado el desarrollo bélico en menos de un mes, ha dado muestras de torpe soberbia, elitismo anacrónico y captura nacionalista, de

¹⁷ Fogwill, *Los libros de la guerra*, Buenos Aires, Mansalva, 2008, pp. 38-39.

¹⁸ Fogwill, *Los pichiciegos*, ed. cit., p. 122.

la que se sustraen los pichis a fuerza de avivarse y cortarse solos. La comunidad obturada de los desertores sinecdoquiza la guerra en su materialidad micropolítica, trazando rasgos concretos que, pese al aparente delirio realista, el paso del tiempo volverá ciertos, como si hubiesen sido documentados. La novela expande las posibilidades de la ficción para referir hechos que, como en los partes de guerra, son a la vez reales e inverosímiles.

La de Malvinas, observa Sidicaro, fue una guerra “librada con celos y preocupaciones corporativas y desconocimiento de la realidad internacional y, más en general, de la complejidad del mundo moderno”. Más vivos que los boludos que se han creído el discurso soberano de los militares, los pichis se fugan por vía del paradigma económico consolidado durante la dictadura, la argentinización a destiempo del capitalismo aventurero de Weber, cuyos principales beneficiarios supieron, como los pichis, combinar “las ventajas que les daba su cercanía con los centros de decisiones oficiales y la disposición de informaciones que, en la desorganización reinante, era un recurso importante para obtener ganancias especulativas”. Por *Los pichiciegos*, como por los artículos que publica Fogwill durante la primera mitad de los 80, circula una mirada crítica sobre el cambio político de 1983 que, más claramente a dos décadas de distancia, obligará a poner en duda categorías como “transición” o “posdictadura”. El corte histórico de 1983 “no fue acompañado con cambios fundamentales en la esfera económica ni, tampoco, en la mayoría de las dimensiones de la crisis de las capacidades estatales”.¹⁹ El circuito polifónico y económico de supervivencia pichi detecta, en el campo turbulento de los discursos sociales, la continuidad del paradigma financiero-especulativo de los sectores hegemónicos de la sociedad argentina desde la segunda mitad de los 70 hasta comienzos del siglo XXI.

El acomodamiento ante el tema hegemónico de la globalización, que Sidicaro estudia como “ruptura menemista” de la doctrina tradicional del peronismo sobre los intereses nacionales, constituye otro rasgo que rememora a los pichis en su leyenda fundacional y en cada una de sus acciones y opiniones: la justificación en “criterios

¹⁹ Con la gestión económica del ministro de Alfonsín, Sorrouielle, “se impuso un tipo de práctica estatal por la cual los poderes gubernamentales operaban como si fuesen actores de la sociedad civil” para obtener ganancias en la especulación financiera. También en la Argentina de 1989 (como percibe Anderson desde el caso de las democracias neoliberales centrales), la hiperinflación será “una mención recurrente para justificar la aceptación social del proyecto neoliberal que cerró la etapa del intervencionismo estatal”. Sidicaro, Ricardo, *Los tres peronismos. Estado y poder económico 1946-55/1973-76/1989-99*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 156-160.

realistas de adaptación al mundo unipolar que siguió al fin del comunismo soviético”.²⁰ Pragmático como el peronismo tradicional, el menemismo, que establece en Argentina el consenso sobre el decreto de muerte de la sociedad, se diferencia de aquél en un punto clave, cuya apertura problemática ofreció la novela de Fogwill dos décadas antes: desde la “ideología de la globalización”, el debilitamiento estatal se considera como situación inexorable y beneficiosa, y se disuelve la creencia en la defensa del Estado-Nación.²¹ De los 70 a los 90 pasando por Malvinas, de la violenta ruptura del peronismo tradicional a la “exitosa” década de convertibilidad, lo que ha cambiado es una creencia, aquella que ponía en funcionamiento la esfera pública. Ese violento cambio de paradigma económico, social, cultural dejan leer, hoy, las voces tapadas de la disonante orquesta pichi.

¿Viva la patria?

Como la de Fogwill en relatos, artículos y poemas, las de los pichis son voces privadas, solitarias, molestas para los estándares de capacidad pública de escucha. Particularmente en sus dos primeras ediciones (1983 y 1994), *Los pichiciegos* es el desconcertante acontecimiento de un relato entretenido, que cruza el suspenso bélico con el ritmo ágil del cine o el diálogo teatral, sobre “tema aburrido”, pasado, postergado, convertido en acto escolar, una guerra perdida que incomoda en el consenso de una sociedad que, crecientemente del alfonsinismo al menemato, no tuvo a las islas ni a los soldados entre sus preocupaciones inmediatas. La novela percibe ese estado de ocultamiento y desatención pública, que amplía la brecha entre el que estuvo en Malvinas y el que debería entenderlo sin haber compartido la experiencia, y lo formula en el cruce entre la subida de tono de Quiquito y la calma cínica del narrador autoral (que encubre el afán convincente de quedar en la memoria): “-¡Me da en las bolas eso que dicen ahora de la rehabilitación! -grabó. -Son cosas -dije- como todo... hablan un tiempo de eso y después se olvidan”.²²

No es solo que este choque anticipe el problema democrático del olvido, así como las charlas de los pichis anticipan tópicos de lo que será el “show del horror” al promediar los 80, con el relato de las “dos monjas aparecidas”, o dichos como “Videla dicen que mató

²⁰ *Ibíd.*, p. 162.

²¹ *Ibíd.*, p. 165.

²² Fogwill, *Los pichiciegos*, ed. cit., p. 118.

a quince mil”, “Yo sentí que los tiraban al río desde aviones”, “Hacen campos de concentración”, “Muchos rajaron”, etc. Más ampliamente, y esquivando el casillero “novelas de la dictadura”, el marco enunciativo ficcionalizado, y las conversaciones en las islas que refiere Quiquito y transcribe el omnipresente “Yo”, conforman una discursividad imaginada que permite escuchar los conflictos públicos y privados disparados desde la dictadura hacia el futuro, y verificar las resonancias que traen de la violencia política intensificada desde 1955. A su modo ficcional, de fábula, los pichis replican en grupo (aunque sin ceder su individualismo) un grito fundante de las representaciones de la violencia en la segunda mitad del siglo: el vituperio solitario del conscripto moribundo que oyó Rodolfo Walsh en junio de 1956 no fue “Viva la patria”, sino “¡No me dejen solo, hijos de puta!”.²³ Frase sintetizadora de las condiciones de vida que extremará el paradigma neoliberal, su rasgo central es que pasa inadvertida: solo la escucha Walsh, y la investigación que despliega también choca contra la sordera pública; en el siguiente medio siglo *Operación masacre* consolidará su condición de clásico y, leído y releído, será aliviado del fracaso de su propósito inicial (el crimen seguirá impune).

Los pichiciegos también es un libro de riesgosa intervención política, aunque actúe en un contexto democrático; precisamente, sus voces exponen lo conflictivo de la salida de la dictadura, actualizan lo que entonces dejaba avizorar un campo intelectual pronto a cristalizar la “cuestión democrática” como motivo de debate, pasando por alto crímenes que, pese a la visibilidad de la escena jurídica de 1985 y por los decretos presidenciales de indulto en 1989 y 1990, seguirán impunes durante más de dos décadas democráticas. El crimen de los soldados enviados a Malvinas, realizado por el Estado y apoyado por la sociedad, sigue impune, y el narrador de Fogwill sigue siendo acusado por Quiquito de no querer entender. La ficción pone a la guerra en su lugar, inserta en una continuidad socio-económica que avanza, no lineal pero sí irreversiblemente, desde la crisis mundial de 1973 y el proceso de reconversión económica y social llevado adelante desde el poder, con el consenso civil, por el golpe militar de 1976. Como observa Suriano, dicho proceso alcanza su clímax en los 90, y sus efectos, aunque algo atenuados, parecen difíciles de revertir en la década del 2000.²⁴

²³ Walsh, Rodolfo, *Operación masacre* seguido de *La campaña periodística* (ed. Ferro, Roberto), Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2009, p. 20.

²⁴ Suriano, “Introducción: Una Argentina diferente”, ed. cit., p. 12.

Contra las representaciones inocuas que surgirán hacia mediados de los 80 y que durante los 90 explotarán lo espectacular de la guerra, *Los pichiciegos* registra la violencia más allá de la coyuntura y la mantiene presente, como en las subidas de tono de Quiquito o en su lamento resignado por la feroz velocidad del olvido: “¿Leíste en el diario de hoy la banda de cuatro pibes de la guerra que estaban afanando coches...? (...). Cayeron demasiado pronto, ¿no? ¡Ni tiempo habrán tenido de juntarse unos mangos!”.²⁵ El silencio del yo que graba pero no entiende, que solo quiere saber aunque no crea, mantiene abierto el diálogo y deja resonando la injusticia, en presente y hacia el futuro, en un espacio público que ha sido violentado por el poder estatal en los 70 y liquidado, en las dos décadas siguientes, por los debates sordos de la democracia y la prosperidad triunfante de un cuerpo que se hace pedazos a sí mismo.

²⁵ Fogwill, *Los pichiciegos*, ed. cit., p. 149.